

SINFONIA RELOJERA

El reloj, como regulador de la fantasía humana



Desde que el hombre empezó a tener uso de razón; cuando el entendimiento le hizo dar cuenta de lo que pasaba a su alrededor, se quedó extático contemplando las maravillas de la Naturaleza, el ir y venir del Sol, la Luna y las Estrellas...

Y le vino la idea de calcular estos movimientos y los dividió en años, meses, semanas, días...

Persistiendo en ello, quiso hacer aún más; dividió los días en horas, minutos, segundos... y partículas de segundo.

Y así nació el reloj de sol, de arena, de agua, mecánico, eléctrico... atómico.

* * *

Pero, al mismo tiempo que iba dando forma a su obra, se sentía el Hombre esclavizado por ella.

Al tener noción de que el tiempo transcurría; al verlo correr en el Sol, la Luna y las Estrellas; al ver la sombra alargarse poco a poco en el reloj de sol, la arena escurrirse dentro del recipiente de cristal y el agua caer gota a gota en la clepsidra; al sentir el monótono tic-tac del reloj mecánico y el correr incesante de la aguja de segundos, se sintió sobrecoigido de inmensas inquietudes, que le han llevado en la época actual con su industrialismo, al nervioso consultar del reloj, al ir y venir de un lado para otro, como temiendo que la vida se le escape.

* * *

Y entonces, dentro de su ser, sintió nacer una rebeldía contra su misma obra. Pretendió liberarse de esta esclavitud, y se deleitó en deshacerla interiormente. Se complugó en alargar y encoger el tiempo a su manera.

Y así, él mismo, se hizo interminables las horas de sufrimiento; y cortas las de gozo y felicidad.

¡Cuán largas son las noches de la madre velando al hijo enfermo; y qué cortos los momentos de felicidad jugando

HECHIZOS DE LA CIUDAD

Recuerdo

Cuando probar tus gracias quiso el cielo tenía tu tez blanca el soplo de nevadas sierras; creí que eras hija de la niebla y el hielo, codiciosa del sol de mi bendita tierra.

Mas descorría la ciudad su velo misterioso abriendo paso a la ondulante seda que te ciñe el talle y a las galas del cuerpo esplendoroso.

El fulgor de tus ojos, el primoroso encaje de tu cuello tornátil, un singular despejo, la sal de tu porte y el hechizo, en fin, de tu lindeza, revelaron que a competir con la nieve venía el fuego al que causara envidia la blancura de la frente tersa.

Y, henchida de placer el alma mía, vino de tu palabra el arte a embelesarme; sus acentos de antigua melodía

rompían el lazo purpurino de los labios suaves.

Alientos de alborozo; el lúgubre clamor de una elegía; caminar entre flores; la luz vacilante de la aurora; dulce cantar de amores... Todo luce y trasmina en la poesía que a tu verbo infundiera el alma soñadora!

No en vano te admiré. Doquier te veo y cual el eco de tu voz ardiente y melodiosa me fascinan la hermosura de tu brazo griego, y tu mano chiquita, y las perlas nacidas en tu boca.

J. Soler Cazeaux

con él! ¡Qué largos son los minutos que faltan para terminar un partido de fútbol que se teme perder; y qué cortos son, cuando se pierde y se desea ganar! ¡Qué largos son los minutos de espera del espectador de una partida de ajedrez; y qué cortos son los del jugador en carrera constante con el reloj! ¡Qué larga ve la vida el niño; qué rápida ha pasado para el viejol

* * *

Y el Hombre, al contemplar su nueva obra, orgulloso de haberse sacudido el yugo del reloj, levanta con énfasis la cabeza; pero al dirigir la vista al Cielo, encuentra al Sol, o la Luna y las Estrellas, que junto al reloj instalado en el alto campanario con su suave y monótono paso parecen decirle:

¡Detén tu euforia, orgulloso Hombre! ¡No son las doce, como señala el reloj de tu fantasía! ¡Son las cero horas del meridiano de Greenwich!

E. Roura Mayol